

De Profundis

"Suffering is one very long moment. We cannot divide it by seasons. We can only record its moods, and chronicle their return. With us time itself does not progress." (Oscar Wilde)

por José Manuel Villalba Gómez



José Manuel Villalba Gómez (El Musku),
alumno de COU de 1993-94

Carmen Ruiz lleva varios meses pidiéndome que escriba un pequeño artículo para la revista del Instituto. La petición me produce sentimientos encontrados y no hago más que darle largas. Y es que hurgarse en la memoria nunca es una tarea agradable. El perpetuo deseo de lo inmediato y lo presente nos permite olvidar, casi siempre, que en nuestra mente y en nuestro cuerpo tenemos un exhaustivo archivo del pasado. Si ese archivo se abre, las carencias y los miedos que creíamos anegadas en el olvido escuecen en nuestro cerebro como el alcohol en una herida.

Del Instituto Sandoval y Rojas guardo recuerdos de angustia y de depresión, y también un sabor a sal amargo en la boca. Fui lo que

los técnicos de Ministerio de Educación y Ciencia clasificarían con "fracasado escolar". Repetí tercero de B.U.P. y necesité hasta cuatro años para acabar el C.O.U. Lo cual puesto en limpio quiere decir que dediqué ocho años de mi vida para estudiar lo que un estudiante normal terminaba en cuatro. Por supuesto mi familia me culpabilizó por ello y tuve que aguantar, además, la condescendencia de más de uno de mis profesores y compañeros de aula. Todavía hoy me sorprende que nadie fuera capaz de ver la conexión de mi fracaso en los estudios con el alcoholismo de mi padre, con las tendencias neuróticas de mi madre o con la pesadilla en que ambos convirtieron mi adolescencia.

Hoy, once años después de salir del Sandoval, absurdos de la vida, soy profesor en la Universidad de

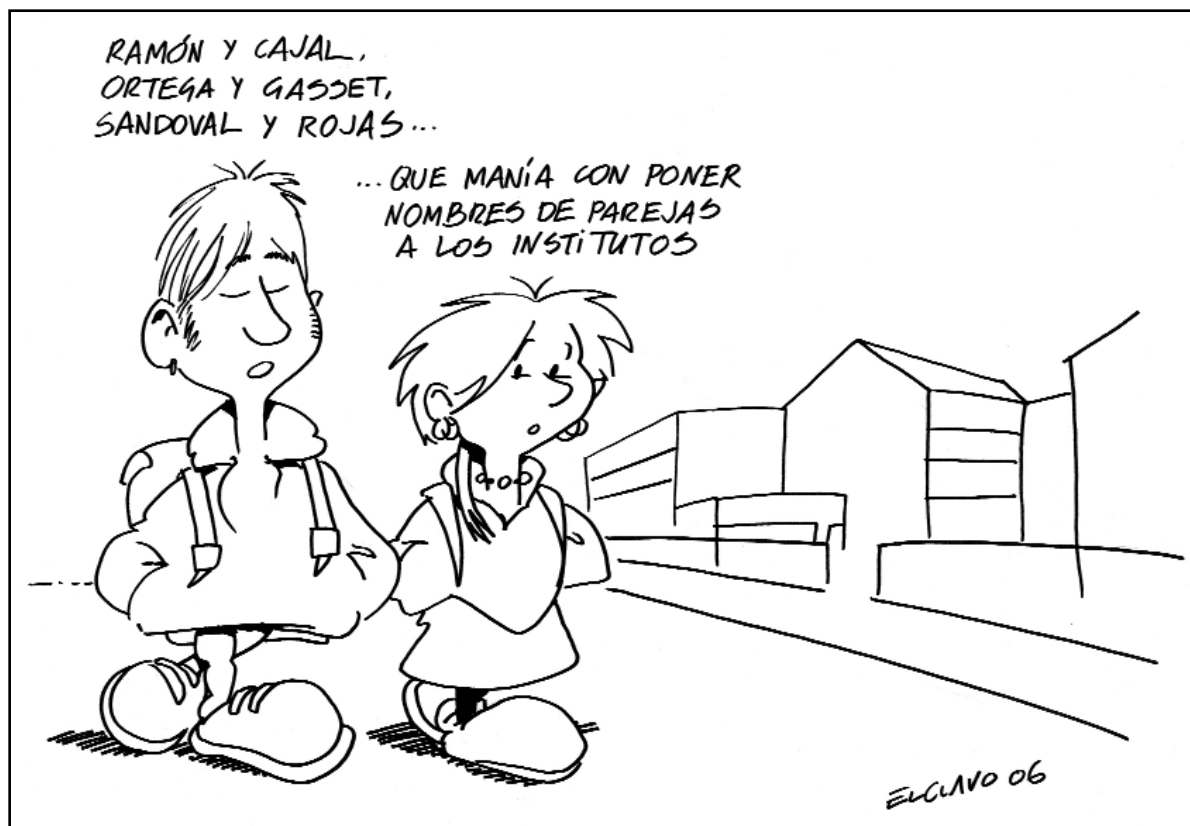
California. Enseño Lengua Española mientras acabo un doctorado en literatura. Estoy escribiendo mi tesis doctoral sobre el sujeto en la novela del exilio español de 1939. Por supuesto, la elección del tema no es inocente. Algo más que la de un emigrante y algo menos que la de un exilado, mi vida se ha convertido en un eterno cuestionamiento del desarraigo y la desubicación en un mundo que nunca ha dejado de parecerme un lugar inhabitable, como de hecho me parecía el Instituto en aquellos, no tan maravillosos, años.

A pesar de todo ello, lo que me mueve a escribir esta nota es una gratitud infinita hacia algunos de mis profesores de entonces. Desde luego, no puedo decir que no le deba nada a nadie y que todo lo que he conseguido con mi propio esfuerzo. Muy al contrario, y lo digo con cierto orgullo, lo que he conseguido en la vida, mucho o poco, se lo debo todo a los profesores que, incluso en los peores momentos, siempre creyeron en mí, en que valía para esta cosa que es estudiar, y en que saldría adelante y dejaría atrás aquel rom-

pecabezas sin solución de mi juventud. Todos los recuerdos positivos que conservo del Sandoval están asociados a Alberto, aquel profesor sustituto de Filosofía, que puso todas mis convenciones patas arriba; a María Antonia Delgado, la persona con la sonrisa más limpia que me he encontrado; a Jesús Elena, quien nunca consiguió que me creyera esa pose de tío cínico en la que se esconde; a Benito Royuela, que se convirtió en el modelo de profesor que yo quería ser; a Carmen Ruiz, que hizo de madre y de amiga en los momentos más jodidos. Dice un verso de José Agustín Goytisolo: "A pesar de los pesares/ tendrás amor, tendrás amigos."

El Sandoval se convirtió en una historia inconclusa, en una cuenta pendiente, en un final sin principio. Durante estos once años he estado esperando el momento de volver al Instituto con algo entre las manos para poder daros las gracias y demostraros que no os equivocasteis conmigo, pero todo lo que hice fue siempre insuficiente. Quién sabe, tal vez dentro de otros once años.





Siguiendo las huellas de Cervantes

Excursión a Alcalá de Henares , octubre 2006

por Sergio García Muñoz

Amanecía. Tras las escarpadas crestas del Sistema Central se apreciaba una intensa luminosidad; como si aquellas almenas, labradas en piedra por la naturaleza con paciente pulso, separaran dos mundos distintos, quedando al Sur los novedosos madriles, fuente de tecnología e innovación, y al Norte la vieja Meseta castellana, que permanecía en el tiempo apenas invariable; salvo por aquellos trastos metálicos que osaran destripar la carne de los labradores, con que tantos siglos abonaron sus tierras.

Al atravesar el Sistema Central, allí estaba esperándonos la vertiginosa cascada del Lozoya, cuyas aguas saltaban por los riscos juguetonas e infantiles, festejando el término de los secos meses estivales.

Ya aproximándose Madrid, se nos presentó por los cielos un pájaro de dimensiones exageradas que cegaba la vista con brillo metálico y dejaba tras de sí una estela vaporosa. —¡Qué hubiera creído nuestro hidalgo, acerca de semejante adversidad, quinientos años antes! Ni tan siquiera Sancho le hubiera hecho entrar en razón...—

Dejando a nuestras espaldas el nido de aquellas bestias que por espacio de dos minutos levantaban el vuelo sin esfuerzo alguno, reduciendo la gravedad a una igualdad

Sergio García Muñoz, alumno de 1º C de Bachillerato



matemática sin aplicación real, llegamos a Alcalá; ciudad histórica que, como todas las de su condición, nos recibió con un ordenado, pero sucio extrarradio donde fábricas y bloques de viviendas hallaban reposo.

Bajamos en la Plaza de Cervantes, escoltada en los tejados por esbeltas siluetas zancudas blanquegras, —ni Cervantes con su mente abierta, hubiera imaginado que habría cigüeñas en su ciudad natal, aún entrando el mes de noviembre— y nos dirigimos a la Plaza de los Santos Niños en la que se erige, oxidado, en un lateral, el monumento en conmemoración del quinto centenario de la entrevista que mantuvieron

Cristóbal Colón y los Reyes Católicos en 1486: sobre una rosa de los vientos se levanta, en hierro forjado, un astrolabio que se abre al Nuevo Mundo. Rodeándolo, tres pedestales con medallones en los que se representa a Colón y dos alcalaínos relacionados con la aventura americana. En frente de todo ello, se eleva graciosa la Catedral, título otorgado en 1991 al reinstaurarse el Episcopado Complutense. En su interior, la planta se divide en tres naves, desembocando la principal en una girola, donde se ubica la Cripta de los Santos Niños que, además de dar descanso a sus restos mortales, alberga la piedra del sacrificio. Los Santos Niños, Justo y Pastor,

fueron martirizados por un Emperador romano al declararse cristianos, —¡admiraos del cambio del los tiempos!— siendo acogidos por Alcalá como sus Santos Patronos. En su origen, todo el edificio estaba rodeado por capillas dedicadas a diferentes Santos, que fueron destruidas durante la Guerra Civil, junto al retablo mayor y el coro, entre otros desperfectos, y en la construcción de la Plaza de los Santos Niños, que para cuya ampliación fueron derrumbadas las de toda el ala Norte (la mafia urbanística no ha nacido en Marbella).

Seguimos nuestro itinerario y, buscando la Plaza de las Bernardas, fuimos a parar al Palacio Arzobispal, extensísima mansión en su tiempo, de la que sólo nos quedan dos edificios que, al ser los únicos en piedra, sobrevivieron a un devastador incendio finalizando la guerra civil; y es que tanto destrozo religioso no es sino recuerdo de que Alcalá pertenecía a territorio republicano. Finalmente, llegamos a la Plaza de San Bernardo presidida por este convento, que con sus edificios colaterales del Palacio Episcopal y el Museo Arqueológico, forma uno



de los entornos más evocadores del viejo Alcalá barroco. La fachada del templo se hace difícil de ver y fotografiar en su conjunto, pues una tupida vegetación, de la que sobresalen algunos abetos gigantes, la oculta. Pero el ambiente gana en intimidad y expresión. Sin duda, este convento es el más hermoso, curioso y valioso de todos los edificios religiosos de la ciudad; siendo distinto a todo, único en España. Lo fundó el arzobispo toledano y señor de la ciudad, a comienzos del siglo XVII, **Bernardo**

de Sandoval y Rojas (que como todos bien sabemos es el patrón de nuestro tan querido instituto), con objeto de tener, anejo a su palacio, un templo de su gusto. Se creó para albergar a 24 monjas cistercienses, todas ellas pertenecientes a la familia del fundador. La portada es majestuosa en su grandiosidad y amplitud. Sobre la imposta aparecen en letras capitales romanas las palabras que explican que el fundador fue doctor por Alcalá, arzobispo, cardenal, inquisidor general y fundador de este convento en 1618 —toda una personalidad en su tiempo—. Como todo lo complutense se forma de paramentos de ladrillo con detalles ornamentales en piedra caliza blanca y es que no existían canteras de piedra cercanas a Alcalá, por lo que la mayoría de las construcciones se levantaban en ladrillo, con la arcilla extraída de las varias riberas cercanas, empleando la poco accesible piedra en esculturas y escudos de pared. Ya en el interior, lo primero que sorprende al espectador, en deliberado contraste con la austera fachada-telón, es la planta ovalada y la grandiosa cúpula elíptica que la cubre, la más grande de España de su género. Cuenta la tradición que el arquitecto, al tener miedo





de que se derrumbara la cúpula, mandó quitar los andamios ausentándose entre excusas. El temeroso artista no volvió a aparecer y la cúpula nunca se desplomó. En sus muros se abren seis capillas cuya singular disposición no permitía a sus ocupantes, gente de bien capaz de pagar un alto precio por ocuparlas, una audición de calidad de la celebración del oficio religioso; pero en cambio, nuestro Cardenal Sandoval y Rojas sí podía observar a aquellos buenos contribuyentes desde su trono junto a otros importantes miembros del

Clero. Todo un símbolo de la importancia de las apariencias y buena imagen de El Barroco. Su orientación norteña, permite que a las doce de la mañana, los rayos del sol incidan espectacularmente sobre el altar, atravesando un ventanuco dispuesto para tal efecto. El sacerdote, entonces, mostraba la Hostia a los fieles, alzándola, al tiempo que el coro comenzaba con sus cánticos alegóricos y varias monjas lanzaban pétalos de rosa desde lo alto de la cúpula; sin duda alguna, se estaba produciendo el Milagro de la Consagración,

todo un espectáculo que convencía a las sencillas gentes del siglo XVII. Además, el altar ofrece otra característica singular: no tiene retablo, sino un baldaquino central, lujosamente tallado y policromado en madera con predominancia del pan de oro, con múltiples arquitecturas y tallas de santos, siendo de cuatro caras lo que permitía celebrar cuatro misas al mismo tiempo.

De camino a la Casa de Cervantes, pasamos por delante de aquella que vio nacer, y crecer en sus primeros años de vida, a Manuel Azaña, presidente de la II República, y que curiosamente quedaba emplazaba pared con pared junto a un convento de clausura.

Al final de la calle, se nos presentó el solar que dio refugio al hogar en que vino al mundo Miguel de Cervantes, a poco de que comenzara el mes de octubre de 1547. Actualmente se erige una casa-museo que recrea una típica vivienda familiar, de clase acomodada, del siglo XVI. El edificio dispone de dos plantas y trece estancias alrededor de un agradable patio con pozo. Las habitaciones están decoradas con muebles y utensilios de la época, mostrándose en una de las estancias diferentes ediciones de obras cervantinas, entre las que destaca una segunda edición de la primera parte de 'El Quijote' fechada en Lisboa en el año 1605. En el banco de entrada a la Casa Natal de Cervantes permanecen expectantes a la llegada del viajero las esculturas en bronce de Don Quijote de la Mancha y Sancho Panza, foto de recuerdo obligada, que pudimos plasmar tras esperar hacer lo propio con desmesurada tontería a multitud de guiris y japoneses, plano y cámara en mano. —Nunca podré llegar a comprender su despreocupada actitud, fatal atractivo para ávidos carteristas y demás usurpadores—.



*"En las riberas del famoso
Henares, que al vuestro dorado
Tajo, hermosísimas pastoras, da
siempre fresco y agradable tributo,
fui yo nascida y criada, y no en tan
baja fortuna que me tuviese por la
peor de mi aldea."*

Primer Libro de Galatea.

Como Galatea, y quizá en un guiño biográfico del magistral autor, vio la luz en un lugar de Alcalá, Miguel de Cervantes. Así, la gran Compluto quedó para siempre unida al nombre más ilustre de las letras castellanas, aquel con el que el idioma que une a más de cuatrocientos millones de personas, alcanzó la madurez. Sí, y fue aquí, en esta misma ciudad, donde su padre el cirujano sangrador Rodrigo de Cervantes, lo llevó a bautizar en la parroquia de Santa María, un domingo de octubre de 1547.

No cuesta imaginar una festiva y soleada mañana complutense, en pleno veranillo de San Miguel, un día 9 de octubre de esos en los que el calor del Sol todavía hace que los alcalaínos dejen sus casas y salgan a pasear por la Calle Mayor. Así empezó todo, seguramente con un paseo por la Calle Mayor en brazos de su padre, un recién nacido llamado Miguel tuvo su primer contacto con Alcalá de Henares. Aquel paseo terminó en la Parroquia de Santa María, donde el infante que tendría por nombre Miguel, quizá por haber nacido el 29 de septiembre, recibió las aguas del Bautismo.

La tradición complutense dice que el cirujano Cervantes, padre de nuestro inmortal autor, ejercía la medicina en el Hospital de Antezana, continuación de nuestra visita. El céntrico edificio fue convertido en hospital de beneficencia en 1483. Desde entonces y hasta el día de hoy, no ha dejado de atender a un máximo de doce enfermos. Su escaso número de camas determinó que se le cono-



ciera coloquialmente como "el hospitalillo". Tras cruzar el umbral de su pesada puerta de madera se sumerge uno mismo en un pequeño universo, en el que parece que el tiempo se ha detenido. El sobrecogedor silencio del patio contrasta con la algarabía que hemos dejado en la calle. No cuesta mucho imaginar el dolor del estudiante que, herido tras una reyerta, pide auxilio en el hospital y la atención del cirujano, quizá nuestro Rodrigo de Cervantes, cosiendo la herida y practicando una sangría. Detengámonos un instante, sentémonos en un banco y escuchemos

al pájaro que canta despreocupado entre las hojas de la acacia; es el momento de recordar a Ignacio de Loyola, que en 1526 encontró acomodo en esta casa a cambio de cocinar para los enfermos.

Por último y para recordarnos nuestra condición de estudiantes, y aspirantes a un provechoso devenir en los estudios, visitamos la universidad de Alcalá. La plaza de San Diego, ocupada de jardines y con la estatua del Cardenal Cisneros a un costado, es el espacio que enmarca y preside la fachada de la Universidad, de pro-





Poniendo fin a nuestra excursión visitamos el Museo Arqueológico, que guarda restos de vida y culturas anteriores; dueñas, en su tiempo, de las orillas bañadas por el Henares y el Manzanares. Tras esto, ya se sabe, el obligado bocado, el correspondiente paseo "turístico" (sin la inigualable escolta de los docentes oportunos) acompañado de singulares experiencias y anécdotas, propias de toda excursión fuera de Aranda, que harán las delicias de nuestros nietos al relatárselas, no sin fantásticos ornamentos, pasados unos años.

porciones gigantescas que parece elevarse al cielo en busca del real saber. En uno de sus patios, se extiende por las piedras una frase que dice así: *En Luteam olim celebra marmoream*. "Otros harán en piedra lo que yo he hecho en barro" viene a significar y tiene su razón de ser. Cuentan las crónicas que, visitando la recién inaugurada universidad Fernando el Católico, no tuvo otra ocurrencia que burlarse ante Cisneros de la poca calidad de los materiales con que había levantado una obra de la que tanto se enorgullecía. La respuesta, ya la sabemos y, además, muy en consonancia con una mente tan aguda como la del Cardenal. Por último, visitamos el popular Paraninfo, asiento desde sus orígenes de los actos protocolarios y académicos más importantes y lugar de entrega del Premio Cervantes a la literatura en lengua española. La Cátedra, la tribuna alta, la grada, el artesonado, los azulejos tradicionales a la manera morisca; todo rezuma arte y belleza en esta sala con que sueñan ávidos nuestros escritores. Guardando la entrada al Paraninfo se halla una sala cuyas paredes sujetan los retratos en bronce de los ganadores del premio. Curiosa la situación del rostro de Camilo

José Cela, emplazado en la más recóndita esquina de toda la pared y es que en esto pudo influir su manifiesta, y en ocasiones injustificada, repudia al Cervantes.

